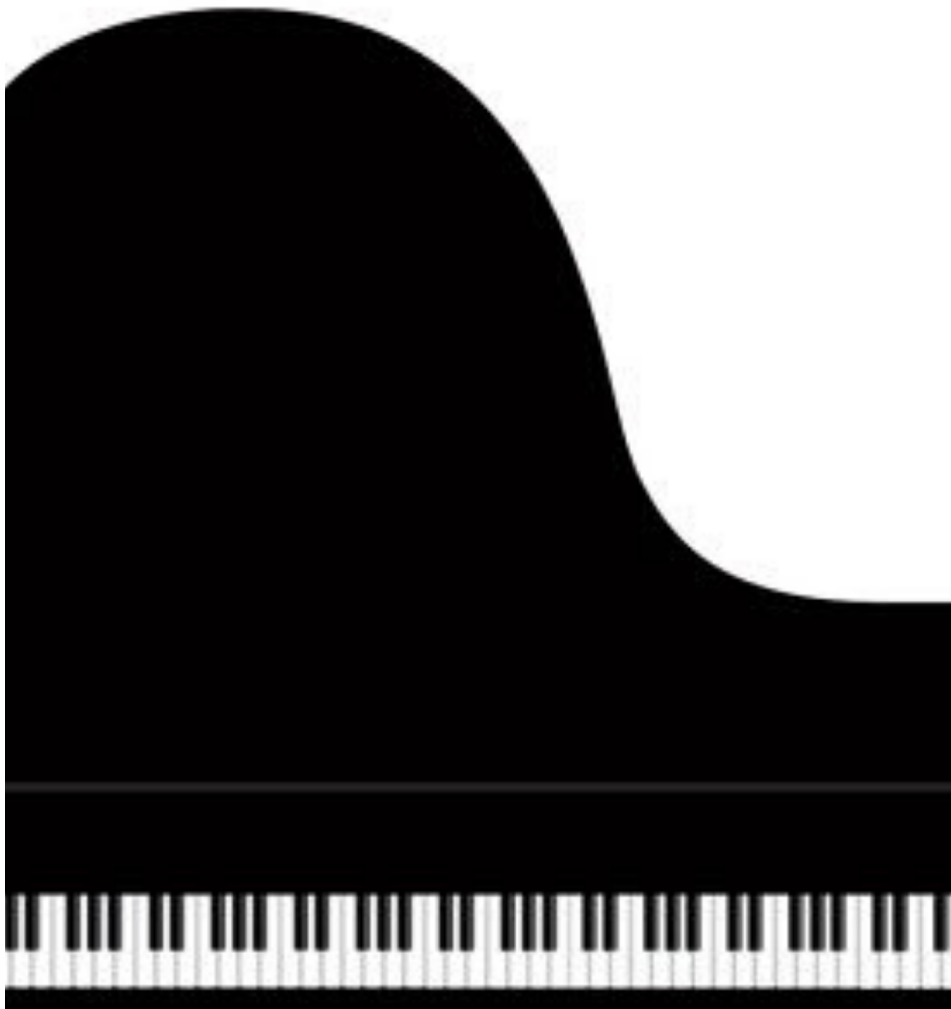


LOS GEMELOS

Marino Millán Moscoso

LOS GEMELOS

Marino Millán



Capítulo 1

LOS GEMELOS

Nacimos el mismo día, yo primero y mi hermano Javier a los pocos segundos. En ciclismo los jueces dirían que cruzamos la meta con el mismo tiempo, siendo yo el ganador del *spring* y de la bonificación.

Mi madre estaba feliz, me contaron los abuelos. Mi padre más preocupado que dichoso. Entendible, era un hombre asalariado y todos los gastos se le multiplicarían por dos: pañales, leche, ropa, colegios y todo lo pertinente a una crianza. Fue por lo que de plano le dijo al médico obstetra, que de una buena vez cerrara la fábrica, es decir, que ligara las trompas de Falopio a mi mamá.

Desde el día de nuestro nacimiento nos vistieron exactamente iguales, haciendonos difíciles de distinguir por quienes no eran parte de la familia. Éramos similares a dos gotas de agua.

Con el paso del tiempo un pequeño lunar fue apareciendo debajo de mi tetilla derecha; dijeron que el abuelo de mi padre lo tenía y que yo lo heredaré. Caminé primero que mi hermano, él lo hizo dos días después. Eso sí, vencíendome en lo oral. Javier se me adelantó pronunciando las primeras palabras y fue así para siempre, gozaba de una gran locuacidad en nuestra época de adolescentes.

En cuanto al carácter fuimos antagónicos: Javier impulsivo, sanguineo e intolerante. Yo, por el contrario: reflexivo, pasivo y comprensivo. Él como papá y yo como mamá. Y tener temperamentos distintos no fue malo del todo. En la escuela y en el colegio, cuando alguno de esos compañeros belicosos quería generarme un conflicto, era mi defensor de oficio. Le temían y respetaban por su condición de buen peleador.

Fui como su polo a tierra ante cualquier dificultad que no podía resolver a los golpes. Me consultaba y yo lo orientaba de la mejor manera, a mi estilo; con la ventaja que no solo me escuchaba, sino que procedía tal cual se lo recomendaba. Fuimos complemento el uno del otro.

Me llamaba Juandi, simplificando mi nombre de pila, Juan Diego. En las notas o calificaciones durante la primaria y la secundaria, siempre lo superé por mínimas diferencias. Fuimos buenos estudiantes, además nuestra madre era educadora y nos inculcó la aplicación y rigor en el estudio.

Cuando teníamos doce años nos inclinamos por la música, a él le apasionaba la guitarra y a mí el piano. Nuestro padre por aquel entonces decidió montar un negocio de comidas rápidas, que funcionaba después

de las seis de la tarde hasta la madrugada, con mucho éxito. Digamos que con ese complemento los ingresos mejoraron ostensiblemente en nuestro hogar.

El local era pequeño e incómodo para quienes ocupaban las cuatro mesas del establecimiento, los demás no protestaban por tener que consumir los alimentos de pie. La fila de clientes era interminable y seguramente por eso le agradaba tanto a la gente. Mi padre era un convencido de que el día que lo ampliara en otro lugar o lo hiciera confortable, la clientela no volvería y hasta razón tendría.

De tal forma que pudo ingresarnos a la escuela de música. Recuerdo que mi primer teclado fue un Yamaha de seis octavas y la guitarra acústica de Javier, una Fender CD-60, fina y costosa.

Iniciando el tercer semestre de estudios ambos manejábamos la armonía, uno de los tres elementos fundamentales de la música, de manera maravillosa. Teníamos la capacidad de tocar con nuestros instrumentos cualquier género musical. De acuerdo con la melodía que interpretáramos, él hacía el bajo con la guitarra o yo con el piano. Nuestro sonido era único y como no lo hacíamos mal cantando, nos inclinamos por hacerlo al unísono, que igualmente es muy agradable para cualquier oído exigente. Asumimos como nombre artístico el de Los Gemelos, razón por la cual nunca nadie nos preguntó sobre el origen del apelativo después de vernos en tarima.

Nuestra madre era melómana y se deleitaba al escucharnos. Papá, aunque nos apoyaba, era indiferente a la cultura y a las artes, solo pensaba en trabajar y producir más, más y siempre más.

Concluidos nuestros estudios musicales comenzamos a ser contratados por bares, centros nocturnos, clubes privados y reuniones sociales de gente adinerada. Anexamos a un compañero percusionista quedando nuestro sonido más «gordo».

Los Gemelos fueron suceso y ganábamos buen dinero. Lamentablemente la noche empezó a absorber a Javier, el licor y algo de drogas le hicieron perder el norte que un día nos trazamos. Conoció a Claudia, una de nuestras fans; se enovieron y contrajeron matrimonio católico seis meses después a pesar de la resistencia de papá. Teníamos veinticuatro años y él nos consideraba inmaduros, niños e irresponsables. "El matrimonio no puede ser un arrebató de juventud, es un compromiso ante Dios y la sociedad" nos decía.

Los jueves, viernes y sábados, trabajábamos de planta en Las Camelias *Nigth Club*, un sitio concurrido por jóvenes de buenos recursos económicos, la mayoría hijos de ricachones. Hacíamos tres salidas en la noche, cada una con duración de una hora e intervalos de cuarenta y

cinco minutos, comenzando poco antes de la medianoche.

El sitio tenía capacidad para recibir unas doscientas personas. La tarima donde tocábamos estaba instalada a tres metros de altura. La panorámica era espectacular, el lugar era precioso y los asistentes olían bien a pesar de la transpiración propia del baile continuo.

Fue desde arriba que observé cuando Javier al pasar junto a una de las tantas mesas, recibió algo a hurtadillas de manos de uno de los clientes. Yo fui el último en descender a la conclusión de la primera salida, el sonido de mi piano tuvo algunas intermitencias a causa de un conector que debía reemplazar. Mi mirada lo siguió desde lo alto y vi cuando ingresó al baño. Abandoné presuroso la tarima y me dirigí al sanitario, quería confirmar o descartar algo que venía intuyendo. Mi sospecha tenía fundamento.

Mi hermano del alma y otro sujeto, estaban aspirando cocaína, no sé si la sorpresa fue mayor para él o para mí. Al oír mi voz dejó caer la pequeña navaja con la que extraían el blanco polvillo de un billete de cinco dólares.

—Javier, ¿qué haces? —le pregunté.

No obtuve respuesta. Mi hermano enmudeció, mientras su compinche desapareció como por arte de magia. Nosotros en nuestra corta existencia ni siquiera habíamos fumado cigarrillo. La formación que recibimos de nuestros padres fue intachable en todo sentido. Tal desafuero reñía con los principios morales inculcados por ellos. Éramos el producto del amor de una docente y de un hombre honrado y trabajador.

De repente, Javier reaccionó y me respondió con agresividad.

—Juandi, no te metas en mi vida. Sé lo que hago y no te olvides que soy tu hermano, no tu hijo.

—Me decepcionas —le reproché calmó.

Indignado, Javier abandonó el lugar en el acto, casi llevándome por delante. No nos enemistamos, más sí nos distanciamos. Desde aquella noche al concluir labores, cada uno partía por su lado. Él para su casa y yo para la mía.

Los dos compañeros del grupo, (además del percusionista agregamos un bajista) me contaron que se emborrachaba todas las noches y que se había tornado en un ser muy conflictivo y desafiante. En otras palabras, el licor y la droga lo regresaron a su carácter original, y alejado de mí, se

quedó sin el polo a tierra. Andaba al garete.

El señor Levy, el judío propietario del centro nocturno, me citó a su oficina.

—Tu hermano se está portando mal, ha protagonizado dos grescas en las afueras del establecimiento con clientes que no han regresado al negocio y eso me perjudica. Habla con él o tendremos que rescindir el contrato que tenemos —concluyó tajante.

Y aunque me comprometí con el judío, no lo hice para evitar algún problema entre los dos. Mi madre que tenía la malicia de cuatro gatos juntos, no fue ajena a nuestra indiferencia.

—Juandi, cuéntame qué ha sucedido entre ustedes dos —me consultó.

—Nada madre, diferencias normales que suelen presentarse en el mundo de la música —le dije sin lograr convencerla del todo. Mi vieja no tragaba entero.

En los recesos, luego de cada tanda musical en *Las Camelias Night Club*, Javier se sumaba a una de las mesas de sus amigos drogadictos; consumía licor sin límite y desde luego sus incursiones al baño eran por demás reiteradas.

Nuestro grupo vestía: camisa blanca de manga larga, con la «clave de sol» bordada con hilo rojo a la altura del pectoral izquierdo y pantalón negro. Una noche miré de soslayo a mi hermano para llamarle la atención, ya que con su guitarra eléctrica estaba tocando en una tonalidad diferente arruinando la canción que interpretábamos. Algo bien extraño, pues Javier y lo reconozco, era mejor músico que yo. Mi sorpresa fue suigéneris, la manga derecha de su camisa estaba ensangrentada a la altura del antebrazo. Mi hermano se estaba chuzando, había tocado fondo.

El auge del rock en español nos obligó a inclinarnos totalmente hacia ese género musical. Atrás dejamos las baladas en inglés, el montuno y el bolero, lo que nos había dado a conocer desde el comienzo.

Al exterior del centro nocturno se nos anunciaba en dos inmensos carteles. Nunca se supo quien fue, pero alguien sobrepuso a nuestro nombre de *Los Gemelos*, el de *Los Adictos*. La verdad que, la gran mayoría de los clientes eran sanos y rechazaban la drogadicción. Lo de mi hermano era: *vox populi*. Una pena.

Claudia mi cuñada, me había comentado del maltrato al cual estaba sometida por mi hermano, inclusive una vez acudí a su solicitado auxilio y

la encontré con un hematoma en el ojo y pómulo izquierdo, a consecuencia de un puñetazo de Javier en un infundado ataque de celos. Me platicó que llegó a la alcoba tan descompuesto que parecía poseído por el mismo Belcebú.

Ella había cambiado de posición entre sueños y claro, la cama conservaba aun el calor de su cuerpo en el sitio donde dormía inicialmente. Al enterarse, Javier montó en cólera aduciendo que su amante había escapado al sentirlo llegar y hasta arrancó las puertas de los closets en procura del imaginado "donjuán" que nunca encontró. La paliza que le propinó fue terrible. Advirtiéndole que, la próxima vez le derramaría soda cáustica en su rostro para que se le quitara lo puta.

El día del cumpleaños de ella, Javier la llevó como parte de la celebración a nuestro sitio de trabajo. Recuerdo que tomó el micrófono e hizo alarde del amor que sentía por su esposa y de lo felices que vivían desde el instante en que el sacerdote los unió para siempre mediante el sagrado sacramento del matrimonio. Toda una farsa.

Estabamos dando cumplimiento a la segunda salida e interpretábamos la tercera canción. Claudia estaba muy cerca del baño de las damas, su destino final, y mientras esperaba turno para ingresar, se encontró con un viejo amigo del colegio con quien platicaba acompañada de la sonrisa propia de quien se alegra al ver después de un buen tiempo a alguien que aprecia. Pues ahí fue Troya, mi hermano enardecido y poseído no sé de qué puto demonio, tiró la guitarra, descendió de la tarima, fue hasta ellos, encendió a golpes y patadas al caballero y le pegó un par de bofetadas a Claudia. Parecía una fiera.

La mayoría de los asistentes abandonaron el lugar que esa noche estaba repleto. La reyerta generó una especie de pánico colectivo, la gente corría desesperada de un lado para otro ante semejante bochorno. Fueron muy pocos los porfiados que se quedaron después de la gresca.

Los empleados llamaron a Levy, el judío propietario, quien se presentó minutos más tarde bastante disgustado. Javier recogió la guitarra y abandonó el lugar en compañía de sus amigotes. Claudia, sangrando por boca y nariz se fue en un taxi para su casa, siendo yo quien debió poner la cara ante el dueño.

—Juan Diego, esta fue la gota que rebozó la copa. Discúlpame, pero hasta aquí llegamos. No te pido que te quedes, porque imagino tu negativa en solidaridad con tu hermano.

El señor estaba en lo cierto. A pesar de nuestras diferencias, continuar con el grupo me parecía desleal. Contrataría otro buen guitarrista y punto, asunto solucionado. Hasta en el nuevo nombre había pensado: Los Solitarios, (por su ausencia) pero la idea no cabía en mi mente, adoraba a

Javier.

Vinimos juntos desde el vientre de mamá, compartimos el mismo espacio hasta que la luz del día nos separó. Nuestras frentes se rozaban a menudo, nos tocábamos y hasta nos pateábamos buscando comodidad en esa pequeña piscina donde chapoteamos durante nueve meses.

Llegué a casa demolido a eso de las cuatro de la mañana y cuando me disponía a descansar, recibí el llamado de Claudia en busca de consuelo, se encontraba deshecha, agobiada. Quería desahogarse, conversar con alguien y para ella, yo, su cuñado, era el indicado.

Nos sentamos en el sofá de la sala, su labio superior estaba inflamado. Me habló del infierno vivido junto a Javier desde que el licor y la droga lo poseyeron. Lloraba sin control y me compartió su decisión de divorciarse de mi hermano, muy a pesar de amarlo como a nadie más había amado. Se recostó sobre mi hombro izquierdo y la abracé con la ternura de un padre a su hija.

Los primeros rayos del astro rey penetraron en la sala iluminando la figura de mi hermano en estado deplorable. Sus fosas nasales conservaban residuos de cocaína, estaba beodo y sucio. Sentí ganas de llorar.

Se paró frente a nosotros en actitud desafiante. Nos miró y balbuceó.

—Par de hijos de puta, así quería sorprenderlos.

Claudia y yo nos miramos anonadados. Quise calmarlo y explicarle el porqué de mi presencia en su casa a esas horas y la verdad, no me dio tiempo. Se abalanzó sobre mí con la rapidez y fiereza de un leopardo. Yo nunca había peleado con nadie y si no sabía atacar, mucho menos defenderme, luego fui blanco de todos sus puños. Mi cuñada intentó detenerlo en medio de gritos de desesperación. Imposible, de un empujón la lanzó contra el piso de mármol, quedando inconsciente.

Soporte en pie la agresión hasta doblégame, caí al suelo con el rostro similar al del nazareno. Apoyé mi mano derecha sobre el grueso vidrio de la mesa del comedor tratando de incorporarme, Javier tomó a dos manos el mástil de su guitarra eléctrica y descargó de canto con toda su fuerza y furia el cuerpo o caja de resonancia del instrumento sobre mi mano, en la unión del carpo y metacarpo. El dolor fue terrible, literalmente me aplastó la mano.

La fractura del escafoides limitó los movimientos de mis dedos y jamás pude volver a tocar el piano, marcando mi retiro de la música, mi gran pasión. Claudia se divorció de Javier y vive en Génova, Italia, nos hablamos de vez en cuando. Mi hermano fue recluido en una clínica de rehabilitación para alcohólicos y drogadictos, ahí va. Lo visito con

frecuencia y lo sigo amando a pesar de todo. Llevo por siempre una cicatriz en mi ceja izquierda, lo que poco me interesa, pues en mi corazón no existen cicatrices.

Cuando la clientela le pregunta por nosotros al señor Levy, el judío propietario de Las Camelias *Night Club*, contesta: "Lamentablemente... **Los Gemelos** nacieron muertos".